

# PSICOANÁLISIS: UNA CLÍNICA EN LOS TIEMPOS

Rafael Paz<sup>1</sup>

**Descriptores:** *Campo, proceso psicoanalítico, temporalidad.*

1- Todo concepto psicoanalítico se halla preñado de **tiempo**.

Y no puede ser de otro modo, pues nuestra condición de especie –mamíferos nacidos prematuramente que nos sabemos mortales- nos sitúa como muy frágiles frente a lo prolongado de la dependencia infantil y los efectos perdurables de sus marcas, así como a los cambios y mutaciones históricas, en tanto seres de cultura.

De este modo, ciclos de la vida arraigados en lo profundo de nuestra dotación genética, como el menstrual, por ejemplo, se hallan abiertos, en variable proporción, a los efectos de las redes de socialidad y el vértigo de estímulos y prescripciones.

Por su parte, el psicoanálisis pretende acceder, vía transferencia, a las raíces del ser, aprovechando la potencia de la simbólica vincular para adentrarse, incluso, hasta la opacidad de niveles somatopsíquicos.

En los inicios, como es sabido, el objetivo consistía en desmontar la estructura del síntoma al cambiar la relación con los recuerdos reprimidos, facilitando su emergencia.

Siendo el recuerdo, como *representación temporalizada*, la unidad espontáneamente concebida sobre la cual cabía trabajar.

De ahí que el recordar se transformó en el natural objetivo terapéutico y, en una inferencia inductiva de largo alcance, generó hipótesis explicativas psicopatológicas y, de a poco, una teoría del funcionamiento mental y de las estructuras psíquicas.

Todo a partir de la transformación del concepto de *memoria*.

---

1 Miembro titular de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis.

En tal contexto la teoría del trauma, periódicamente rediviva con los consiguientes homenajes a Ferenczi, sigue teniendo gran valor.

El trauma es *tiempo incluido*, que somete a su portador a la perdurabilidad que sí que no imborrable de algo transcurrido.

Y que tiende a hacerse sustancia indiscernible respecto del huésped: el “infiltrado”.

Ahora bien: el circuito lineal de lo traumático, con el atractivo inherente de su simplicidad, subyace en el lecho de saberes imaginarios al respecto, pero de hecho nunca constituyó el esquema freudiano, en virtud de la concepción en red de lo acontecido / incluido.

Lo que preanunciaba las ideas de múltiple inscripción y de arborescente retorno de lo reprimido y disociado y nos precave de constituirnos en meros especialistas en pasado.

En rigor, se trata del presente continuo potencial afincado en el dolor y el goce, lo cual trastoca por completo el modelo espontáneo, basado en el principio del placer como regulativo y cierta linealidad causa / efecto.

La admisión de la complejidad de las cosas modificó así la ilusión de temporalidad lineal y secuencias programadas.

**Al consolidarse el psicoanálisis como** una heurística del inconsciente, hubo de dar plena cabida a su heterogeneidad, inagotabilidad y heterocronía, ya *indicada* por Freud como atemporalidad del mismo y ligada muy luego a la interminabilidad del análisis.

Lo cual no supone que su clínica disfrute de atemporalidad y nuestro oficio sea eterno, pero tampoco de que una adecuación a requerimientos coercitivos, nacidos del situarse ansiosamente en concordancia con los tiempos, sea la actitud pertinente.

De hecho, sólo el vector resultante de una composición de fuerzas entre:

- *convicción respecto del valor de sostener la densidad del espacio interior;*
- *confianza en los dispositivos de contención / regresión;*
- *facilitación del onirismo productivo;*
- *dar cabida a la heterogeneidad del Self;*
- *apertura a las experiencias cognitivas surgidas de las transferencias y transferencias recíprocas;*

puede trazar un camino de transformaciones consistentes y psicoanalíticamente fundadas.

2- Las opciones conceptuales de base que definen los ejes de nuestra clínica son las de *campo* y de *proceso psicoanalíticos*.

Partamos de este último, que obviamente posee una intrínseca calidad temporal, y *señala una secuencia de momentos entendibles como estructuraciones sucesivas de campos*.

Siendo cada uno de éstos el corte actual, la instancia presente de la sustancia transferencial, inteligible si desciframos las tramas fantasmáticas y las realizaciones pulsionales y deseantes que juegan en su espesor.

Y en tanto el campo no es plano, como desde Kurt Lewin bien lo sabemos, en su espesor se alojan diferentes calidades temporales, según la versión fantasmática que hegemonice el aquí y ahora y la administración que logre de las perentoriedades pulsionales.

Es decir: el *campo analítico* es actualidad abierta que se temporaliza de manera heterogénea, por lo que el presente, que captura la percepción en la fascinación inherente a lo dado, a la empiria de lo que *está allí* con la compacidad de lo obvio, se descompleta.

Y es entonces que como efecto de la facilitación regresiva y la potenciación imaginante legitimada, el tiempo del ahora se difracta.

Ocurren así pre-tensiones anticipatorias, las que pueden ser angustiosas o, a la inversa, abrir la prospectiva de anhelos y posibles.

Hacia atrás emergen evocaciones aisladas y rememoraciones complejas, con idas y vueltas, densificando un pasado que opera como sustento o, si se presentifica negativamente, al modo repetitivo de hipotecas gravosas.

Deudas personales de los objetos internos y de los objetos de tales objetos, con su potencia de ligadura transgeneracional.

Fenómenos todos que tienden a desplegarse en narrativas subordinadas al eje temporal convencional, propio del preconsciente.

Respetarlas es crucial pues a través de ellas tienen lugar manifestaciones catárticas a las que no sólo cabe *tolerar* sino también favorecer, como momentos esenciales de la cura.

Y que, como el resto de los *materiales*, tienen que evaluarse desde parámetros definidos por las coordenadas de nuestro dominio.

Es decir, desde el ángulo específico de proceso analítico: "*insights*", *transformaciones*, *repeticiones abiertas*.

Siendo estas últimas mostraciones transferenciales que exponen fantasmáticas y las realizan en distinto grado, con lo cual ponen en circulación sus componentes y desarman la repetición ciega.

3- Por todo esto la idea de proceso tiende a connotar una valoración positiva, dado que implica la posibilidad de puntos y secuencias transformacionales, de círculos virtuosos que desde el aquí y ahora expanden sus efectos.

Y lo hacen tanto hacia el interior del análisis cuanto hacia los vínculos con los otros en la actualidad de la vida del analizando.

Es aquí donde se muestra la fecundidad del modelo procesal de *desarrollo espiralado*, pues nos permite pensar los múltiples registros de lo mismo en inscripciones sucesivas de aquí y ahora.

Permitiendo la detección de diferencias, de corrimientos mínimos de los ángulos de perspectiva o del modo global de percibirlos.

Cuando *lo mismo* se torna *distinto* tiene lugar una experiencia emocional y cognitiva imborrable para ambos, paciente y analista.

Y sedimenta convicción compartida para la transferencia positiva sublimada de trabajo.

4- Instalar una experiencia analítica supone dar cabida al onirismo productivo que es capacidad potencial de todos y se halla cohibido por resistencias internas coaligadas con sofocaciones externas.

El sueño es continente y sustancia, y como siempre ha ocurrido, nos enseña de que se trata la peculiar materia que elaboramos.

En los comienzos fue explorado en virtud de su semejanza estructural con los síntomas, cuyo desentrañamiento continuaba siendo la meta organizadora de las indagaciones, al hacer coincidir objetivos terapéuticos e investigativos.

Pero se constituyeron de hecho en una matriz alternativa potencial para pensar la simbólica humana, permitiendo superar modelos del inconsciente inerciales, subordinados a la psicología de la conciencia.

La promoción de hecho del escenario onírico como *medio* de la vida psíquica, vinculada a las concepciones sobre la sexualidad infantil y la valoración del teorizar ansioso de los niños sacudidos pulsionalmente por los vínculos edípicos, trastocaron definitivamente el paradigma de lo psicológicamente comprensible y de los medios para acceder a lo reprimido.

Mezcla de tiempos, insistencia de temas, paradojas respecto del principio del placer, complejidad inherente de los procesos psíquicos, representación de la objetividad y de las estructuras que subtienden a las escenas.

Contribuyendo a gestar un aquí y ahora situacional, que con fortuna se torna procesal y va adquiriendo su propia consistencia.

Si logramos potenciarlo –legitimación de la regresión mediante– se favorece la capacidad imaginante y la oscilación preconsciente / inconsciente, esencial para permear el camino de la *poiesis* personal.

La instigación a la asociación libre tiende a abrir canales coaccionados por exigencias adaptativas y sobreadaptativas, y por repliegues ante eventualidades dolorosas.

La primera resistencia, en sentido lógico, es entonces al *manifestarse*, por las consecuencias que puede acarrear.

Lo cual se enlaza con facilidad a cierta pusilanimidad, del lado del analista, surgida de vacilaciones referidas a la confiabilidad del propio método.

Y realimentado por el miedo, culturalmente extendido, a la caducidad y obsolescencia de todo.

Pues en efecto, ambos términos expresan la espada de Damocles que pende sobre nuestro quehacer, como sobre tantos, en los tiempos que corren. Y constituyen la contracara antropológica de la producción ilimitada de mercancías y la creación inagotable de nuevas y efímeras necesidades.

Es en tal medio concreto, con los valores que desprende –vertiginosidad, cosmopolitismo insustancial, historicidad formal- que se sitúa nuestra clínica.

La cual hace que, a primera vista, y dada su proverbial parsimonia y manejo de los tiempos, pareciera adolecer de un incurable anacronismo. De donde brota la tendencia a defenderse con una adecuación ansiosa a ritmos y frecuencias que las circunstancias nos imponen.

Tarea desde ya condenada al fracaso y eventualmente patética, por los requerimientos de fondo que dan consistencia al psicoanálisis.

En primer lugar la catarsis y la necesidad visceral de narrarse, como forma de sostener la propia continuidad y consistencia frente al arrasamiento cultural de la globalización dominante, con la compresión de los tiempos del vivir, en una suerte de fordismo (“Tiempos modernos”) de la cotidianidad.

La vida privada, capturada en ese régimen de alienación, vuelve extraña y anacrónica, la consideración del psicoanálisis por los tiempos varios de la subjetividad, que no obstante insisten en refugiarse en relictos familiares y culturales de variado tipo.

El tiempo acuciante de la socialidad imperante, mediante una colosal inversión de valores, tiende a imponer como imperativo ético la adecuación a los requerimientos, no del verdadero Self, sino de los sistemas orgánicos de máscaras que el sistema promueve.

De modo tal que el dedicarse a desentrañar la trama íntima y heterogénea de la subjetividad queda descalificado como desconocimiento de su realidad, pues esta se agota en la simplicidad de lo obvio.

Las ya históricas discusiones respecto de la legitimidad y sentido de una práctica como la nuestra, habida cuenta de los malestares a escala macro, se renuevan frente a la pretensión de declarar su obsolescencia.

Y es exactamente al revés: las subjetividades comprimidas y fragmentadas, prisioneras del instante, buscan caminos de manifestación acordes a su régimen esencial.

Que es histórico y no eterno, claro está, pero posee transcurso diversos según las diversas versiones del Self que nos constituye, y no sólo aquellas adaptadas o sobreadaptadas.

La complejidad de esas versiones y de sus vínculos con objetos internos, que oscilan alrededor de un Self axial construido / deconstruido, incluye las temporalidades propias de tales conjuntos relacionales.

Y desde aquí se entienden el tiempo necesario de la catarsis, el del relato expansivo; el tiempo breve del señalamiento, el variable de la interpretación; el tiempo -relativamente prolongado- de la construcción y el del hilvanar de situaciones.

Narrativa recolectora esta última, que si proviene del analista facilita la instauración de comentalidad elaborativa, pues agrupa curiosidad, puntilliosidad anal y rivalidad (quien junta mejor), en la realización epistemofílica.

Cabe agregar el tiempo fugitivo del comentario inesperado, proveniente de una ocurrencia del analista, siempre inquietante y rozando lo que “no se debe hacer”, dado que puede derrapar en catarsis invertida o catarata de opiniones.

Excelente ejemplo para mostrar que, dentro de los límites de la natural sobriedad de nuestro arte, sólo el a *posteriori* nos dará pautas para evaluar la fecundidad o lo negativo de lo sucedido.

5- En síntesis: nuestro reino intermedio, nacido del penetrar poco a poco en la intimidad estructural del psiquismo y el reconocimiento en él de lo infantil y originario, llevaron a constatar diversas temporalidades en la organización subjetiva y, desde allí, a pensar los requerimientos técnicos acordes con aquéllas.

Admitir este orden de complejidad temporal, que desde el presente fáctico se desdobla de continuo en *actualizaciones de reiteración* evocativas y repetitivas es clave en el arte de la continencia psicoanalítica y en la gestación de formas nuevas de pensamiento para nuestro analizando.

De otro modo se navega a merced de coerciones revestidas de una seudomadura adecuación a la realidad.

Interrogarse por la frecuencia de sesiones, su duración, la del proceso global, los ritmos en las intervenciones, las pausas e interrupciones, la eticidad en juego en análisis detenidos que perduran y así de seguido, sólo cobra sentido en el marco totalizador de la especificidad del proceso analítico inscripto en la historia social y cultural.

*Durante largo tiempo lidié con una relación cargada de ambivalencia que sostenía Alessia con una pareja en los márgenes de su vida marital.*

*Capturado a medias en los periódicos balances de “las ventajas y desventajas” que para ella tenía ese vínculo, las exploraciones no pasaban de ciertas precisiones sobre matices.*

*Los convencimientos de ambos, referidos a que se trataba “de una mala relación que no iba ni para atrás ni para adelante”, carecían de todo efecto transformador, anonadándose en meros esclarecimientos.*

Las características sadomasoquísticas del vínculo nos ponían -en el mejor de los casos- en resonancia empática de sentido común, y suscitaban a veces advertencias mías para preservarla, pero poco más.

Como una suerte de dos colegas meneando la cabeza frente al lecho de un paciente atrapado en una cronicidad inabordable.

De modo tal que el análisis más fecundo transcurría sobre otros horizontes.

Era obvio que se trataba de un baluarte, pero al que consideraba como tributario de una corriente de transferencia erótica cronificada en su realización en una suerte de "acting out" estabilizado.

Las interpretaciones y construcciones referidas a los aspectos infantiles de desamparo permitían elaboraciones "en sí" consistentes, pero la escisión perduraba.

Las oscilaciones correspondían más bien a "la vida propia del baluarte", incluso por los efectos aleatorios de elaboraciones logradas.

Pero que no podían ligarse a una lógica procesual de inteligibilidad dramática que penetrara lo apartado.

Mucha construcción e interpretación fueron necesarias para que el recordar padecimientos ligados a maltratos de la madre y desafecto del padre, así como el duelo por una hermanita fallecida de corta edad, mutaran de lugar en el campo.

Es decir, perdieran su localización en la "zona pasado" del mismo y permearan sus sensaciones hacia lo actual, tanto "conmigo" como con su "acting" cronificado.

Dicho sintéticamente: su partenaire amoroso representaba núcleos esencialmente desamparados del Self infantil de Alessia, a los cuales se entregaba incondicionalmente. Y yo me constituía, dentro del caleidoscopio de formas, en lugar de retorno y de aprendizaje de formas mejores de cuidado de aquél.

La entrega erotizada, sin límites, encubría un amor fusional recreado / inventado, en el sentido vicariante de la expresión.

Pero que necesitaba de la peculiar realidad del análisis para realimentar su funcionamiento.

Eternidad en acto transorgásmica, que no dejaba de percibir el escaso valor de su objeto de amor, lo cual, secundariamente daba cuenta de la envidia fálica.

Todo esto comenzó a ser procesable cuando pude / pudimos desplazar en algo esa perspectiva fascinante y a la vez monótona, y percatarnos de que estábamos lidiando con algo así como la esencia de su ser.

Lecho fusional arcaico constituido en garantía de perdurabilidad de la vida (psíquica), que evidentemente había peligrado con una madre en duelo y verosímilmente bastante loca.

Fondo revestido con formas pertinaces de heterosexualidad transgresiva, las que poseían, claro está, su propio régimen de goces, culpas y generación de propósitos.

Lo que me irritaba, pues desde una contratransferencia romántico / ingenua me parecía que bastardeaba -siendo ella sin duda persona valiosa- tamaña calidad emocional con alguien de poco valor.

*La necesidad de un presente continuo de presencia, que ella llamaba –con extraordinaria propiedad, sin duda- amor, se sostenía en esa ostensible “corriente heterosexual”, para decirlo con palabras del historial del “Hombre de los Lobos”.*

*En verdad, Alessia había logrado instalarse en el dolor sin fin de los grandes amores, y mi ceguera ante lo materno de lo heterosexual, garantizaba un paralelismo de “acting out” para siempre.*

*Siendo el sufrimiento señal de vida y de perdurabilidad identificatoria con la madre, la abuela y de ahí, en una transgeneracionalidad hasta el fondo, mujer primordial.*

Continúa siendo cierto que las histéricas “sufren de reminiscencias”, pero no sólo ellas, en la medida que circuitos inveterados trazan las lógicas fantasmáticas que impregnan las vidas de todos.

Reminiscencias paradójales puesto que incluyen también *lo no sucedido*, en virtud de la concreción inconsciente de los potenciales y la tendencia asertiva de las pulsiones y deseos.

Reparación descaminada, en el caso de Alessia, pero reparación al fin.

Como diría Melanie Klein “hacer bien las cosas de nuevo esta vez” (*Wiedergutmachung*).

La ampliación de las pretensiones de transformación a manifestaciones que en otras épocas constituyeran límites –trastornos del carácter, psicosis, personas añosas- agudiza los problemas y también se expresa en la tendencia actual a conceptualizaciones totalizantes y sus nominaciones, como por ejemplo, *clínica de la subjetividad*.

Lo cual nace de una ambición de curar que -vía las temáticas del carácter- se adentró en las raíces del ser.

Y que late como ambición implícita auto contenida (advertencia clásica respecto del *furor curandis*), aún en las transformaciones mínimas buscadas.

Lo cual no implica espectacularidad alguna, sino intentar sostenernos a la altura de las complejidades que el material nos presenta.

Es decir, las ansiedades profundas que se hallan en la superficie psíquica, las soluciones extremas y gravosas que la neurosis genera y la imposibilidad de negar la condición ontológica del sufrir, el disfrutar y el ser.

Que Freud tematizara en la zona que él consideraba especulativa de “los instintos” y un Bion en la instigación a “animarse” a las “transformaciones en O”.

Zona de máximo abandono por la singularidad de lo genérico humano acompañante, cuando Edipo sabe y Narciso también pero siguen viviendo.

Punto de inflexión en donde cabe pensar la conclusión de lo interminable.